

¿De madre a hijo?

Cuidados parentales y desarrollo de la personalidad¹

Enzo Brena²

El desarrollo humano es un entrelazamiento de fuerzas internas del yo y de sus relaciones con el mundo externo. Es parte esencial de este segundo elemento, la única y particular experiencia, constituida por el intercambio que ocurre entre el niño/la niña y las figuras parentales (sobre todo con la madre), y que pasa fundamentalmente a nivel emotivo-afectivo con raíces «corpóreas» en el ámbito biológico y fisiológico.

Ya en los años setenta, en un estudio sobre los trastornos psíquicos infantiles, Richter se preguntaba de qué tipo eran las influencias que tenían los padres sobre los trastornos psíquicos. Junto a la importancia de las medidas educativas y de las practicas exteriores (que él consideraba relativas) creía necesario reconocer que «el niño queda más profundamente afectado, y por más largo tiempo, por las tendencias afectivas, por las angustias y por los conflictos de sus padres, que él - con sorprendente empatía - sospecha están por detrás de las practicas educativas externas. Se debe tener en cuenta el profundo estado de las actitudes afectivas de los padres, que llega hasta al inconsciente, si se quiere verificar el efecto sobre el desarrollo psíquico del niño»³. Sullivan, a su vez, estudiando el pasaje de la angustia desde la madre al niño, teorizó que «la tensión de la ansiedad, cuando está presente en los cuidados maternos (*mothering*), induce ansiedad en el niño»⁴.

Un reciente estudio longitudinal

Son muchos los estudios que han indagado sobre la relación madre-niño, procurando establecer en qué ámbitos y de qué forma la madre influye sobre el futuro del hijo. Nos

¹ BRENA, E., «Di madre in figlio? Cure parentali e sviluppo della personalità» en *Tredimensioni* 2 (2005) 1, 50-61 Traducción: Hugo Mayorga para el Curso de *Psicología Evolutiva*, Facultad de Teología “Monseñor Mariano Soler”, Montevideo (2012).

² Psicólogo y formador en el Casa de Formación Dehoniana de Boloña (Italia).

³ RICHTER, H. E., *Genitori, figli, nevrosi*. Il Formichiere, Milano 1975, pp. 12-13.

⁴ SULLIVAN, H.S., *The interpersonal theory of psychiatry*, Norton Co. Inc., New York 1953, p. 41.

referiremos a uno en particular, dada su complejidad e importancia: el *Brody Longitudinal Study*⁵.

En 1964 la psicoanalista Sylvia Brody y el educador Sidney Axelrad iniciaron un proyecto longitudinal (que duró 30 años) con 131 niños de diversos estratos sociales y étnicos nacidos en Nueva York. El estudio procuraba estudiar los efectos del comportamiento parental sobre el desarrollo de los niños. Basándose en la teoría evolutiva y con la metodología psicoanalítica, la investigación siguió muy de cerca a estos niños en sus primeros siete años de vida:

- en primer lugar, filmando a las madres mientras interactuaban con sus hijos;
- en segundo lugar, entrevistando (con un abordaje de psicología profunda) a madres y padres, para sondear actitudes y conflictos en relación a sus hijos, eventos particulares en la vida de los pequeños y el tipo de relación conyugal; se implementaban también visitas a sus casas y a las escuelas;
- con una evaluación psicodiagnóstica del desarrollo cognitivo y emotivo de los hijos;
- y cuando los hijos cumplían los 18 años, con un mayor acompañamiento a los mismos.

La investigación quería ver si el tipo de cuidado materno durante la infancia, las experiencias familiares de la niñez y las experiencias traumáticas primeras de los 18 años, influyen y cuánto en el desarrollo de la personalidad y en la salud mental del futuro adulto.

Las hipótesis inicial era: la relación de la madre con el niño durante la infancia puede tener implicaciones muy importantes en el posterior desarrollo mental del hijo. A partir de algunos descubrimientos anteriores de Brody (referidos al hecho que los diversos modelos de cuidados maternos se basan en conflictos internalizados, y que el modo como una madre nutre al hijo expresa su capacidad general de respuesta al hijo), los investigadores se concentraron en los sentimientos e interacciones de la madre con el propio niño, en particular en el momento de la alimentación, durante el primer año de vida. Los padres, en cambio, se integraban al estudio cuando los niños cumplían los cuatro años.

Al año de vida

Las interacciones que la madre tenía con el pequeño en los primeros 12 meses se evaluaron, con criterios clínicos y observaciones, en base a las siguientes características maternas: empatía, control, eficiencia, organización, consistencia, empeño, reflexiones, afecto y agresividad en el mundo de la alimentación. Al final del año, las madres fueron clasificadas en 6 grupos, que posteriormente se redujeron a 2 por motivos estadísticos:

⁵ Nos referimos aquí a los resultados de este estudio que fueron presentados en MASSIE, H. - SZAJNBERG, N., “The relationship between mothering in infancy, childhood experience and adult mental health”, en *The International Journal of Psychoanalysis*, (2002) 83, pp. 35–55.

cuidados maternos más eficaces (grupo A, 42 madres), y cuidados maternos menos eficaces (grupo B, 80 madres).

A los 18 años

A la luz de los datos obtenidos mediante el acompañamiento de estos niños hasta los 18 años, se pudo evidenciar que la adecuación de los cuidados maternos durante el primer año de vida tenía una influencia permanente sobre muchos aspectos del crecimiento psicológico de los hijos. Específicamente:

- *Al año*, los hijos de las madres más eficaces tenían un desarrollo motor y cognitivo más avanzado que los hijos de las madres del grupo B, presentaban humores y afectos más positivos, mostraban una mayor implicación en su mundo, más espontaneidad, sensibilidad, curiosidad y tolerancia a las frustraciones, y menos ansiedad y tensión.
- *A los siete años*, los hijos de las madres del grupo A mostraban mejores relaciones objetales, autoestima y *reality testing*, y menor ansiedad y defensas patológicas.
- Así también, *a los 18 años*, se confirmaba la tendencia a mejorar, en los hijos de las madres del grupo A: tenían una mejor visión de sí y de los padres, una madurez psico-sexual más avanzada, cualidades del carácter que reflejaban un desarrollo del super-yo más favorable, mejores relaciones objetales y mayor control de la ansiedad, menor psicopatología, defensas más maduras. Las aspiraciones relativas a las carreras profesionales eran más maduras respecto a los hijos de las madres del grupo B.

Después de los 30 años

En 1994, cuando los niños de la investigación habían cumplido 30 años, los investigadores lograron contactar a 80 de ellos, de los 91 que Brodi visitó cuando tenían 18 años, y pudo entrevistar a 76. El perfil demográfico de la muestra era similar al perfil inicial, aún si entre los treintañeros eran más numerosos los varones dado que fue más difícil contactar a las mujeres. La proporción entre los hijos (ahora adultos) del grupo A (casi dos tercios) – y el número de los hijos de los padres del grupo B (dos tercios), todos habían sido acompañados hasta los 18 años - era similar a la proporción que existía entre los niños de un año en los dos grupos iniciales. No obstante cierta restricción numérica, el campeón reconstruido (a la edad de treinta años) correspondía a aquel inicial, aún si en la última fase de la investigación, el estudio se concentró en 76 familias, ya que se poseían los datos completos desde el nacimiento de los niños hasta sus treinta años.

El análisis de estos treintañeros comprendía el uso de entrevistas audio/video registradas (de al menos tres horas de duración), sobre argumentos pre-seleccionados pero dejando también espacio para asociaciones libres de pensamientos, emociones y recuerdos. Los entrevistadores eran de orientación psicoanalítica, y no conocían ni la vida

precedente de los sujetos ni la clasificación materna. Para evaluar los datos de las entrevistas se usaron cinco escalas psicodiagnósticas, capaces de captar diversos aspectos de la vida, tanto a nivel intrapsíquico como de la conducta.

Elas son:

- **Defensive Functioning Scale (Vaillant)**⁶. Clasifica la mayor e menor madurez de los principales mecanismos de defensa psicológicos, conscientes e inconscientes.
- **Global Assessment of Functioning (GAF) (APA)**⁷. Mide la adaptación general, el sentido de satisfacción y competencia y el mejoramiento de síntomas psiquiátricos (si existen).
- **Measures of Psychological Functioning (Hawley)**⁸. Basada en la teoría de Erikson, mide la madurez del sujeto en los estadios evolutivos de la confianza, autonomía, iniciativa, laboriosidad, identidad, intimidad, generatividad, e integridad personal.
- **Adult Attachment Interview (AAI) (George, Kaplan & Main)**⁹. Evalúa la percepción de seguridad y confianza en el vínculo que se tiene con los padres (por ejemplo, si se sintieron tratados bien, que recuerdos tienen de los padres...).
- Por último, el **diagnóstico psiquiátrico**, a los 30 años, basado en la clasificación del DSM-IV (APA, 1994)¹⁰

¿En qué medida los resultados confirman la hipótesis inicial: un cuidado materno positivo durante la infancia favorece un mejor desarrollo?

En base a los resultados de los cinco instrumentos mencionados, los hijos - en el continuum entre adaptación-desadaptación - se ubicaban aproximadamente donde también se ubicaba el grupo materno de pertenencia.

Sin embargo, y este es quizás un punto inesperado, la relación entre eficacia de los cuidados maternos durante la infancia y el mejor desarrollo posterior de los hijos era estadísticamente significativo sólo en lo que refería al nivel de las defensas de los hijos (ya

⁶ La escala elaborada por G. Vaillant es descrita en American Psychiatric Association, *The diagnostic and statistical manual of mental disorder-IV*, AMA, Washington DC 1994, pp. 751-757.

⁷ Para esta escala cfr. *ibid.* pp. 30-32.

⁸ HAWLEY, G. *Measures of psychosocial development*, Psychological Assessment Resources, Odessa FL 1980.

⁹ GEORGE, C., KAPLAN, N., MAIN, M., *An adult attachment interview*. Manuscrito No Publicado. Departamento de Psicología de la Universidad de California, Berkeley 1985.

¹⁰ Los diversos resultados de la obra de clasificación fueron recogidos y verificados por algunos de los autores mencionados anteriormente, Massie y Szajnberg, y por Erik Hesse, Carl Norris y otros; todos desconocían los datos recogidos en la anterior fase del proyecto.

adultos), por ende sólo para la *Defensive Functioning Scale*)¹¹. Es decir, los hijos de las madres del grupo A presentan (cuando adultos) mecanismos defensivos más sanos y maduros que los hijos de las madres del grupo B. En particular, las defensas psicológicas de los hijos adultos de las madres más eficaces pertenecen al nivel más maduro (*High Adaptive*) y a aquel inmediatamente por debajo (*Mental Inhibitions*), mientras que los hijos de las madres menos eficaces tienen defensas que están entre este último nivel y otro más abajo aún (*Minor Image Distorting*)¹².

Los resultados de las otras cuatro escalas de clasificación en cambio, muestran diferencias poco significativas entre los hijos de los dos grupos. Por ejemplo de la *Adult Attachment Interview* (AAI) emerge que un porcentaje demasiado alto, pero no significativo, de hijos que han experimentado cuidados maternos más positivos, cuando adultos han sido clasificados como «seguros» en sus representaciones psicológicas de apego. Sin embargo, la misma escala (AAI) muestra que los niños pueden pasar también de una infancia segura y favorable a un estado adulto inseguro, y viceversa. Algunos hijos del grupo de madres menos eficaces, en la madurez llegaron a tener imágenes internas de un apego válido y seguro hacia sus padres.

Este elemento es tan importante como inesperado: los que son amados cuando son niños, cuando son adultos tienen recuerdos más lindos y aman más. Pero esto no es automático: aún si fueron amados ayer, no por ello aman hoy y, aún sin no fueron amados ayer, hoy son capaces de amar.

Esta falta de correspondencia entre pasado y presente parece corregir el concepto de «apego» elaborado por Bowlby, según el cual el desarrollo emotivo sucesivo es influenciado por eventos infantiles que amenazan al niño en su salud física y a la seguridad del vínculo. En realidad, el *Brody Longitudinal Study* especifica posteriormente la teoría de Bowlby en el sentido que la influencia negativa es por traumas infantiles acumulados. Es decir, las *repetidas* adversidades son las que turban la capacidad individual de mantener el equilibrio mental, haciendo aparecer síntomas y/o trastornos de carácter. Otras investigaciones confirman los resultados¹³.

En efecto, el funcionamiento global de los adultos (evaluado con la escala *Global Assessment of Functioning*) que habían tenido *una sola* experiencia infantil de trauma o adversidad, era ligeramente más bajo de aquellos adultos sin trauma infantil, pero esta diferencia no resultó ser estadísticamente significativa. Lo que hizo la diferencia significativa sobre el éxito futuro fue el fenómeno de acumulación de adversidades en la vida del niño.

¹¹ Diferencia estadísticamente significativa quiere decir que, al confrontar dos entidades, la diferencia entre ambas es real y no sólo aparente o casual; en ese caso se diría diferencia estadísticamente no significativa.

¹² Importa especificar que por defensa no se entiende un mecanismo patológico sino la capacidad de la persona de enfrentar los desafíos que provienen de su realidad interna y/o externa, capacidad que puede ser más o menos madura o patológica.

¹³ Cfr. KHAN, M., «The concept of cumulative trauma» en *Psychoanalytic Study of the Child*, 18 (1963), pp.286-306; VAN DER KOLK, B., MCFARLANE, A., WEISAETH, L., *Traumatic stress*, Guilford, New York 1996.

En ese caso, queda claramente condicionado. En efecto, los niños que antes de los 18 años habían tenido dos o más traumas o circunstancias adversas, a los 30 años tenían resultados GAF más bajos de aquellos que habían tenido una o ninguna de tales experiencias. Pero no sólo eso, la presencia de una circunstancia adversa en familia – como enfermedades mentales o alcoholismo de uno de los padres - aumentaba la probabilidad de que surgiera una segunda adversidad, como el divorcio, y la segunda también una tercera, como el abuso físico.

Es interesante hacer notar un dato importante: padres provenientes de grupos socio-económicos más elevados no necesariamente tienen más probabilidades de entrar en el número de padres del grupo A. Así también, una infancia vivida en un mejor ambiente socio-económico no necesariamente aumentaba la probabilidad de una buena salud mental durante la vida adulta.

Por lo tanto, si la hipótesis inicial era que un buen nivel de cuidados maternos crean las condiciones para un buen resultado evolutivo, el resultado obtenido es: el vínculo entre la calidad de los cuidados maternos (desde el primer año de vida hasta los 18 años) y la posterior madurez es realmente significativa para la calidad de los mecanismos de defensa en los hijos adultos. Esta vinculación es más fuerte cuanto más estados traumáticos múltiples se han experimentado durante la infancia. La relación con los otros aspectos de la persona es menos intensa.

¿Cómo influye la madre y sobre cuáles aspectos?

Partiendo del análisis de los treintañeros se pueden dar dos respuestas a estas preguntas. En primer lugar, el estilo de la madre al cuidar y nutrir al niño en la infancia tiene un impacto que es medible más sobre los mecanismos adaptativos *intrapsíquicos* del hijo, y menos sobre los comportamientos externos o sobre la adaptación social que el hijo tendrá treinta años después, los cuáles son más variables y flexibles en el sistema defensivo aprendido. En segundo lugar, los efectos acumulados de otras influencias – de la experiencia e innatas – amortiguan, con el pasar del tiempo, los aportes maternos.

La madre funciona como *mediadora* de los estados internos del niño, mediadora de sus excitaciones, satisfacciones y tensiones, y media también la relación entre los estados internos y los efectos del ambiente sobre el niño. En síntesis, el niño internaliza la forma con la que la madre cuida de él, lo conforta, satisface sus necesidades y disminuye las situaciones de malestar. Con el pasar del tiempo, también él adquiere la habilidad para regularse emotivamente a sí mismo, sus estados internos y las reacciones a los eventos ambientales.

Los mecanismos defensivos de la madre median el modo como ellas cuida del hijo. Su modalidad de regulación afectiva, aprendida en la infancia, se vuelve su propio modo de manejar los pensamientos, sentimientos y las tensiones desagradables del hijo, y de mantener su equilibrio. En definitiva, *los mecanismos defensivos de la madre se vuelven los del hijo*. Esta es una parte esencial de la configuración psicológica sana o mala que, como ya había descrito Anna Freud, parece establecerse en forma significativa en la primera infancia y persiste en la vida adulta.

¿Y el padre?

Otras influencias no maternas y no necesariamente traumáticas influyen en el desarrollo emotivo. En primer lugar está el padre. Numerosas historias en el proyecto revelan que el padre influye profundamente en el crecimiento del hijo y en la adaptación adulta. La presencia positiva del padre durante y después de la infancia del hijo facilita el cuidado materno; su ausencia cambia la naturaleza interna de la evolución emotiva del hijo, especialmente cuando hacia el tercer/cuarto año de vida llegan los sentimientos edípicos de tipo triádico.

Desde un punto de vista analítico de los datos, el rol del padre en las familias del "proyecto" puede aparecer como una forma muy tenue respecto al impacto de los resultados vinculados al grupo materno. *El aporte del padre está en valorizar, defender, completar o obstaculizar el influjo materno en la infancia*¹⁴. Él constituye el primer y clásico encuentro del niño con el mundo que está más allá de la relación dual madre-hijo. La relación con él, continúa formando, en forma significativa, la futura respuesta del niño al mundo que está más allá de la familia.

Del pasado al presente: correlación pero no causalidad

La cuantiosa investigación del *Brody Longitudinal Study* ofrece indicaciones útiles en relación al tan discutido problema de la relación entre pasado y presente.

Ante todo, entre los niños mejor cuidados y aquellos menos cuidados no se revela una diferencia significativa en su funcionamiento global (sentido de competencia, representación interior del yo, crecimiento emotivo...), ni por la adaptación social (estadios psicológicos de Erikson) y tampoco por el diagnóstico psiquiátrico (salud mental). Estos aspectos de la personalidad adulta parecen relativamente independientes del tipo de cuidados maternos recibidos.

Sin embargo, se encontró:

- correlación entre la eficacia de los cuidados maternos y el desarrollo maduro de las defensas en el hijo adulto;

¹⁴ Un resultado similar es mencionado en la recolección de estudios sobre el padre realizada por TROWELL, J., ETCHEGOYEN, A., *The importance of fathers; a psychoanalytic re-evaluation*, Brunner-Routledge, New York 2002.

- correlación entre la presencia de múltiples traumas precoces y el debilitamiento evolutivo del hijo;
- que elementos de la experiencia y elementos innatos influyen, con el paso del tiempo, limitando los aportes que surgen a partir de los cuidados maternos.

Estos elementos, confirman la calidad de la relación madre-hijo en el período pre-verbal sobre el desarrollo del individuo en el ámbito específico del estilo defensivo: quien ha recibido más cuidados en el primer año de vida en términos de empatía, coherencia, control, premura, afecto, gestión de la agresividad por parte de la madre, siendo adulto usará mecanismos de defensa más maduros.

Nos parece significativo subrayar el vínculo de correlación, y no de causalidad lineal (dado A necesariamente sigue B), entre cuidados maternos y desarrollo sucesivo. Los autores advierten que *las correlaciones no demuestran causalidad, sino solamente relación*.

El *Brody Longitudinal Study*, desde el nacimiento a los 30 años, no resuelve el debate entre aquellos que sostienen que la experiencia pre-edípica es un primer factor inmutable en el controlar el resto de la vida, y los que consideran que son más significativas las experiencias sucesivas. Queda por indagar mejor la fuerza predictiva de los cuidados parentales en el período pre-edípico sobre el curso del desarrollo. Sin embargo, resulta evidente el efecto deletéreo de traumas y adversidades sobre el crecimiento del niño. En base a este estudio se puede también afirmar que el tiempo atenúa notablemente la influencia del primer período de vida, a través de eventos buenos y malos de la vida, y ulteriores influjos de la familia y de la comunidad en cada estadio evolutivo. El desarrollo es un proceso tanto *continuo* – desde las experiencias de la primera infancia hasta la edad adulta – como discontinuo.

Estos datos invitan a no sacar conclusiones de tipo determinista: dada una cierta relación con la madre en la infancia necesariamente se darán determinadas consecuencias en la configuración global de la personalidad del hijo. Más concretamente, los problemas se pasan de madre (padre) a hijo... con la consecuencia implícita que a la relación causal también se reconduce toda referencia sobre las cuestiones de la responsabilidad en la relación a los mismos problemas. Éstas son frases pero no han sido demostradas.

Simplificaciones de este tipo – para nada raras – no tienen en cuenta la complejidad del devenir de la persona humana. Pasando por encima del hecho que «a cada paso del desarrollo humano se encuentran la confrontación, el desencuentro y la interacción entre factores intrínsecos y extrínsecos al sujeto, entre su pasado y el futuro... Así, la confrontación, el desencuentro y la interacción, ocurre entre estructuras que se han establecido en la persona y el proceso continuo: efectivamente, no se trata de un regreso puro y simple – de hecho, imposible – a un pasado considerado sólo temporalmente, sino de una re-

consideración, y quizás de una recuperación de aquellas estructuras que, adquiridas en el pasado, permanecen ejercitando su influjo en el presente y condicionan el futuro»¹⁵.

Conocer el pasado

La investigación aquí presentada ofrece al educador útiles indicaciones sobre cómo aproximarse a la biografía de las personas. Él debe conocer a quién desea ayudar, incluida su historia, lo más detalladamente posible. La anamnesis o psicogénesis debe comprender:

- descripción de cada uno de los miembros de la familia así como el sujeto lo vive en sí mismo (madre, padre, hermanos, y hermanas, parientes significativos...); en particular recoger los primeros recuerdos sobre la relación con los padres (sobre todo con la madre);
- historia de la familia en el recuerdo del individuo (relaciones entre los padres, entre los padres con los hijos, tensiones y problemas familiares, eventos particulares) con el fin de registrar el estilo vincular del sujeto y la eventual presencia de traumas y/o eventos problemáticos precoces que hayan incidido sobre el camino evolutivo;
- historia personal del mismo sujeto: primeros recuerdos, memorias y encuentros significativos de la infancia; ingreso en el mundo escolar con recuerdos, amistades, experiencias particulares, decisiones tomadas...

Todo esto, no se realiza con explicaciones de tipo causal (pasó esto, entonces sucede esto otro) como si lo de hoy sea una repetición del ayer. Conocer la historia no sirve simplemente por conocer la historia, sino para entender mejor cómo la persona, en la actualidad, organiza su mundo interior según una modalidad legitimada, y comprendida según cómo ha vivido su pasado. El hoy no es en función del ayer sino al contrario.

Por cuanto importante sea conocer las causas, los eventos, estructuras y memorias del pasado, deben ser consideradas teniendo en cuenta el hecho que cada individuo es y permanece siempre un misterio, no reducible a esquemas cerrados y repetibles, aplicables en forma automática. Por ejemplo, en la investigación resultó que el 21% de los hijos había tomado caminos marcadamente distintos de aquellos que se habían intuido inicialmente en función de los cuidados maternos iniciales. Ocho de los veintiséis hijos de madres eficaces, siendo adultos, eran vulnerables en forma significativa, y nueve de los hijos de madres menos eficaces tenían, treinta años después, un funcionamiento superior en la escala GAF.

¹⁵ Cfr. IMODA, F. *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*. Universidad Católica de Salta, Argentina 2001.

El educador debería conocer y sentirse siempre más familiarizado con los parámetros fundamentales del desarrollo, y entrenarse a leerlo no solamente como una secuencia predeterminada y lineal, sino también como discontinuidad y desproporción entre causas y efectos, ya que en el desarrollo se manifiesta en forma progresiva el misterio de la persona y no sólo el uso psíquico correcto.

Respetar el derecho al futuro

Siempre es importante, más allá del estudio aquí presentado, reconocer al individuo la libertad de afirmarse como persona, única e irrepetible, y de auto-determinarse para el bien. No se trata ciertamente de una libertad absoluta sino limitada, ya que debe tener en cuenta la fuerza de condicionamientos conscientes e inconscientes. Pero no habría futuro ni esperanza (ni obra educativa) si no se creyera en la posibilidad de la libertad del individuo para afirmarse, de alguna forma, y de hacer posible el crecimiento. El estudio aquí presentado demuestra que esta esperanza no es una veleidad sino un dato que se da.

Es útil, desde un punto de vista de la antropología psicológica, distinguir entre *libertad esencial* y *libertad efectiva*. La primera, como capacidad de auto-determinarse para el bien por medio de la introspección, reflexión y decisión, es una cosa; la segunda en cambio, indica cuánto aquella libertad puede ejercitarse concretamente en una elección hecha entre varias otras posibles. Exceptuando algunos casos de patología grave, las limitaciones inconscientes que marcaron el recorrido de la vida influyen sobre la libertad efectiva¹⁶. Según cómo el educador entiende la libertad será su forma de obrar.

Siguiendo la onda de cierta antropología determinista el educador puede razonar en términos de una estricta causalidad, y así considerar la libertad humana como una especie de ilusión. En consecuencia, en su praxis, interpretará el comportamiento actual como fruto de fuerzas deterministas radicadas en el pasado que pueden «explicar» el presente, y así este educador, junto a la libertad, compromete también la posibilidad de invitar a la responsabilidad.

Si el educador, por el contrario, tiene una antropología más bien espiritualista, puede identificar la libertad con una espontaneidad subjetiva que, más allá de las limitaciones individuales, puede de alguna forma guiar al individuo a la plenitud de la auto-realización. Este optimismo lo llevará a aconsejar que toda elección es posible y también buena si es que el individuo la quiere verdaderamente.

¹⁶ Cfr. RULLA, L.M., *Antropología de la Vocación Vristiana. Bases interdisciplinarias. I.* Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1990, pp. 182-184.

En cambio, una antropología que sostiene la libertad «esencial» de la persona humana, aún si está «efectivamente» limitada por factores internos o externos, hace que el educador sea capaz de acoger a la persona así como es para ayudarla a llegar a ser como podría y debería ser.